

*LA PARADOJA DEL ANTITAURINO:
EUGENIO NOEL Y LOS INTELLECTUALES*

David González Romero*



Al igual que hoy la defensa de las corridas de toros busca constantemente el amparo de la Cultura, con mayúsculas, entendida esta en su faceta de pensamiento hegemónico y mundo cultural dominante, Eugenio Noel (1885-1936), el adalid del antitaurinismo del pasado siglo, también buscó en su tiempo el abrigo de ese mismo paternalismo burgués, y luchó denodadamente por el arrimo a su causa de las gentes principales del mundo intelectual y artístico de su tiempo –también sin sospechar que dicha Cultura aceptada podía ser más su cruz que su espada–. Hoy cualquier defensor de la tauromaquia, quizás inconsciente de que milita en una cultura autónoma, de una fuerza incontestable, adopta una posición de coyuntural contracultura, si se le quiere llamar así forzando un poco los términos, y, a la par, tarda pocos segundos en mencionar como parapeto, a veces de forma equívoca, a sacrosantas figuras de la Cultura oficial y aceptada, los Picassos y Barcelós, a los Sabinas y Calamaros, a los Lorcas y Hemingways –todos ellos mencionados aquí con el mismo sacrosanto respeto–. Pero entre los años diez y veinte del pasado siglo, hay que reconocer que esa contrariada contracultura, tan valiente como acomplejada, la capitaneaba inversamente

* Escritor y crítico literario.

Eugenio Noel con sus conferencias, “campanas”, artículos, libros y escándalos “autopromocionales”. En el máximo esplendor de los ya monumentales tendidos en España, con la rivalidad dorada del toreo en marcha, la protagonizada por Joselito y Belmonte, dedicarse en España a esas “campanas antiflamencas”, que tenían lo taurino en el centro de su diana, resultaba una osadía de calibre parecido a la de cualquier provocación punki. Por eso, cuando Noel clamó por el apoyo expreso de la generación intelectual que identificaba como sancionadora de su labor, recibiría una respuesta, sí, pero una respuesta, como veremos, tibia y paradójica, basada en la extrañeza y la ambigüedad de las gentes de orden de la intelectualidad, a las que costaba digerir sus “lances y trapatiestas” o que le blandían el “qué quiere usted que le diga” de la tan entregada como fría correspondencia de don Miguel de Unamuno.

En algún momento, Noel pudo sentir que era posible el triunfo y que, en términos hodiernos, no sería cancelado. Poco después de los inicios de sus campanas, allá por 1911, y al abrigo de su fama como escritor excarcelado –lo habitual, por denuncias de la jurisdicción militar en las colonias–, mediante sus artículos y sus primeras giras de conferencias llegaron a crearse sociedades antiflamencuistas en Eibar, Coruña, Alicante o Gijón; con órganos de expresión como *El Rayo*, *Humanidad*... De todo ello hay reflejo en las revistas que más tarde lanzaría el propio Noel, tanto en *El Flamenco* como en *El Chispero*, ambas de 1914. Se recogían en sus páginas los saludas, manifiestos, cartas de adhesión desde esas ciudades. La posterior y resonada “fiesta antitaurina” del 15 de agosto de 1914, organizada, ya en pleno ambiente bélico en toda Europa, por la “Sociedad Antiflamencuista Cultural y protectora de animales y plantas de Gijón”, una especie de jira que contó con el apoyo de los ateneos y asociaciones culturales y obreras del entorno gijonés, y con la presencia de eméritos políticos y académicos como

Gumersindo de Azcárate o Aniceto Sela, parecía la coronación del “apostolado” noeliano. El propio Noel quiso alimentar esa sensación y haría publicidad, con sus escasos medios, de sus triunfos. Pero más allá de la autopromoción, Noel llegó a creérselo. Por qué si no esas candorosas autoconcesiones que se hacía en su impagable y muy póstumo *Diario íntimo*: «Los jóvenes dicen, con toda naturalidad: “Ortega y Gasset y Noel”, “Toda España se llena de la cuestión Noel”»...

En todo aquello, sin embargo, se mascaba un sabor agri-dulce. También en su intimidad Noel sabía que era el objetivo de cierta rechifla del público general y de fuertes reservas del mundo cultural. Los lances escandalosos de sus campañas y el tono bravucón de muchos de sus escritos le ganaban pocos y demasiado singulares seguidores en la opinión pública. No lo hacían allí donde él creía que estaba el poder de decisión. Durante los años iniciales de su hazaña antitaurina y contra el flamenquismo se había desfondado por conseguir las adhesiones de la hegemonía cultural de los hombres del 98. Su correspondencia con Unamuno, es muy ilustrativa de ese juego bidireccional pero paralelo con el que fue recibido por el propio don Miguel, por Azorín o Jacinto Benavente. Como puede verse en sus publicaciones, *El Flamenco* y *El Chispero*, Noel consiguió que estas gentes hablaran de él y colaboraran tímidamente en sus empeños. En esas páginas, “Noelillo er melenas”, como el mismo llegó a firmar algunos de sus más chocarreros portentos, sacaba sus medallas. Allí publicó, republicó y voceó las cartas con las que Unamuno le animaba y le matizaba sobre sus “campañas”. También los finísimos artículos que Azorín o Benavente le dedicarían a sus escritos y sus lances. Consiguió que todo un Pedro Dorado Montero, verdadera autoridad del derecho y de la antropología criminal en España, le firmara en varias entregas un estudio “Sobre nuestro matonismo”, pequeña biblia del correccionalismo burgués aplicado a las clases subalternas. Sin

embargo, tenemos la extraña sensación de que Noel publicaba todo ello casi a toro pasado. De hecho, cuando en 1914 Noel se decide a capitanear sus propios medios de expresión, lo hace consciente de la insuficiencia de sus procedimientos, de un desfase generacional y del inicuo efecto de tanta labor por “exceso de cultura” frente a una nueva cultura de masas que parecía demandarle otros mecanismos de influencia.

En el número uno de su “semanario antiflamenquista”, titulado *El Flamenco*, del 12 de abril de 1914, publica su “arte de dar una conferencia antiflamenquista”, a modo de continuación de un gracioso editorial titulado “Al público”. Allí donde el mismo Noel va a enseñar con orgullo sus medallas con los próceres de la intelectualidad española, no dudará en lanzar cierta crítica indirecta a esos mismos intelectuales “apoltronados” por la actitud nada entregada hacia su singular apostolado. Ya con anterioridad, en uno de los libros señeros de la veta antiflamenquista, *Escenas y andanzas de la campaña antiflamenquista*, se comenzaba por leer una pieza titulada “Predicadores laicos”, y en ella Noel aludía a la necesidad de otro tipo de estrategia de los intelectuales para influir en la opinión pública. Su intención de formar una “Orden de Predicadores Laicos”, que de alguna manera supiera sacar partido a las “virtudes” del fanatismo religioso para desarrollar su particular “fanatismo laico”, no concordaba con la posición dominante de muchas de las personalidades que eran sus referentes, muchos de ellos autores de una generación anterior ya en retirada del combate cultural.

Decía Noel: «Si nosotros no vencemos con tanta y tanta predicación y escritura; si con la cultura moderna tan vasta no logramos convencer a las gentes ni arrojarlas a la acción, es evidente que debemos cambiar de procedimientos». Pero Noel no contaba con el apoyo de su propia generación, que sería la muy taurina quinta de Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala o José María de Cossío. (Es obligado anotar que, en un gesto intelec-

tual que le honraría dada su clara filiación taurina, Ortega le ofreció tribuna, respeto y oportunidades a Noel, incluso en un momento en el que Noel ya era una estrella declinante. De hecho, su libro *Señoritos chulos, fenómenos, gitanos y flamencos*, editado originalmente ya en 1916, en la *Renacimiento* dirigida por Gregorio Martínez Sierra, tiene origen previo en la colaboraciones de Noel en el semanario *España*, revista impulsada por el filósofo español.) Noel seguía mirando a generaciones anteriores a la suya, la de los hombres del desastre de fin de siglo e incluso la generación regeneracionista anterior. En esa encrucijada, no podía negar su propio tiempo y se revolvía cual tímido epígono de Costa y Unamuno, creyendo saber muy bien cómo mover los hilos de una cultura de masas que ya no oíría viejas voces en cuestiones de política y diversiones.

Con ese espíritu, y cierto aire declinante de su misión, Noel consiguió capitanear sus propias publicaciones entre abril y junio de 1914: *El Flamenco*, semanario que constará de tres números publicados en abril de 1914, y la continuación del “verdadero Flamenco”, que un mes más tarde se titularía *El Chispero*, y añadiría cuatro números más. De todos los avatares editoriales y financieros para poner en marcha esta revista inicial, y su continuación, da buena cuenta el propio Noel en sus estremecedoras e informes memorias, tituladas en edición póstuma *Diario íntimo*, y publicadas por editorial Taurus en los pasados años sesenta. También en una graciosa “Oración fúnebre por El Flamenco” que abre el primer número de su continuación, *El Chispero*. Como era de esperar, una microhistoria más llena de miserias, como las muchas que componen su propia biografía, y de las que hemos dado cuenta en otros escritos. Ambas publicaciones tendrían escasísima suerte y escasísimo tiempo, pero Noel las acometió con un verdadero espíritu de relanzamiento. Era consciente de que su tendencia iba a la baja. Había sufrido algún revés importante en los medios de comuni-

cación. Alguno de sus medios habituales le había negado el pan y la sal. Y, escaso de recursos, pues prácticamente él lo hace todo, hasta la curiosa diagramación de ambas publicaciones, acude, entre otras cosas, a las viejas glorias, de tal forma que casi todos los números de *El Flamenco*, como de su continuación, *El Chispero*, recogen algún texto de sus próceres intelectuales. Y, curiosamente algo chirría, se produce el efecto búmeran que queremos describir. Mientras Noel quiere dirigirse a ese nuevo público y con nuevos procedimientos, son los textos de Unamuno, Azorín o Benavente los que ejercen la crítica de la propia publicación y casi la invalidan, produciéndose una paradójica autorrefutación tanto frente a sus planteamientos gráficos como por sus propios contenidos.

Aunque con escasez de recursos y mucho de componenda, el director tiene claro el carácter ilustrado que deben guardar sus páginas porque sabe que se dirige a un público de masas nuevo. En el saluda nos dice: «¿Qué medio más eficaz para la memoria que el suministrar al entendimiento el dato inmediato de una idea en imagen?». Y cualquiera que se entretenga en echar un ojo a los números, hoy visitables en versión digital en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, comprobará la confección de una extraña amalgama gráfica de efecto casi contraproducente en función de lo que sabemos sobre los gustos de ese nuevo público. Un ejercicio continuado de contraposición entre elementos de la cultura clásica, de aspecto ático, de lo goyesco y de la ansiada cultura modernista (Zuloaga, Julio Antonio o “Ramón”) y elementos gráficos de la cultura taurina, del costumbrismo castizo y del café cantante y el vodevil, sin renunciar a la inevitable sicalipsis, ofrecen un cóctel cuando menos indefinible y que, con los pies de imagen totalmente descontextualizados, llega a efectos imprevisibles. Al mismo tiempo, ya en el número 2 de *El Flamenco*, se recoge el texto “El flamenquismo, según Jacinto Benavente”, donde el consagrado autor teatral, a

esas alturas dueño de un sillón en la Academia y de un escaño en el parlamento, le afea al flamenquismo, y por derivación al ruidoso y visual antiflamenquismo que practica Noel en ese momento, el hecho de caer en el «espíritu fetichista de estampitas: ... el aficionado a los toros es siempre un espíritu *fetichista* de estampitas, un retrógrado siempre. Son los que no comprendieron ni amaron nunca una idea si no la vieron personificada en



Figs. n.ºs 1 y 2.- Portadas de *El Flamenco* y *El Chispero*. Imágenes procedentes de los fondos de la Biblioteca Nacional de España. Apud. Wikipedia.org

el ídolo, en la estampita milagrera». El nuevo lenguaje de Noel parece en entredicho. El futuro Nobel cree que la mercancía de la imagen no es la vía del combate cultural.

Al mismo tiempo, Noel se regodea en sus revistas en contar sus “cornadas”. Sus campañas se han hecho famosas por sus accidentes, sus desafíos y sus sabrosas anécdotas. Sin embargo, Unamuno en sus cartas, publicadas con el máximo orgullo en varios números de ambas revistas noelianas, aún reconociendo-

se tibio aliado de Noel en su labor, siempre aprieta el freno, páginas arriba o abajo, poniéndole al propio agitador un solo pero, precisamente que viniera cayendo en los mismos procedimientos provocadores y desafiantes de la “canalla flamenca”. Es cierto que Noel no dejó de darse autobombo y de defender su cartel tragicómico en sus mismas revistas. Vuelve a dar noticia amplia de sus encuentros y desencuentros con Rafael Ortega *el Gallo* («Lo que hizo –“el inconsciente”– fue darme un cartel de mil demonios», asegura Noel en *El Flamenco*), o su cacareado “escándalo de Sevilla” (que mereció la portada de *El Imparcial*, con un perfil titulado “La cogida de Noel”). De todo ello hay noticia detallada en la edición que realizamos en su día de su libro *Señoritos chulos, fenómenos, gitanos y flamencos* (Editorial Berenice, Córdoba, 2014). Desde ese momento, concluye en su *Diario íntimo*, se generalizaría ese «ahí va Noel» y las advertencias, como la sucedida en Córdoba, donde algunas almas caritativas le advierten de que ni siquiera se baje del tren. Pero, el propio apóstol antitaurino, tanto entre las páginas del mencionado libro, *Señoritos chulos...*, como en su dietario, es consciente de su amarga condición de mártir y asume «las consecuencias propias de todo apostolado». Aunque está emitiendo un canto del cisne de «la titánica empresa del anti-flamenquismo», lo da todo por bien empleado ya que, como asegura en su dietario: «Toda España se llena de la cuestión Noel». Sin embargo, poco tardaremos de nuevo, páginas arriba o abajo de sus revistas, en encontrar una nueva enmienda procedimental publicada por el propio Noel. Esta vez, Azorín a toda plana lo resumía muy bien en su artículo “Toritos, barbarie”, reproducido en el número tres de *El Flamenco*, de 26 de abril de 1914, y lo repetiría en el artículo titulado “Eugenio Noel”, reproducido en el número 1 de *El Chispero*, de 10 de mayo de 1914. (Ambos artículos se encuentran coleccionados en el tomo del monovarenses titulado *Los valores literarios*, publicado en la antigua

Renacimiento, en Madrid en 1914). Azorín deploraba el tono acre, los incidentes y *trapatiestas* en torno a Noel y se negaba a creer que éste no encontrara otra forma que la propia actitud de desafío y *galleos* que le criticaba a los flamencos.

Será Azorín, no obstante, el que realizará, en las páginas noelianas, la mayor circunferencia en ese efecto rebote que venía alimentando en propio Noel en su “titánica empresa”. Y esta vez lo haría por la vía de los contenidos. En el artículo antes aludi-



Fig. n.º 3.- Noel vestido de torero en la portada de su libro *Señoritos Chulos, fenómenos gitanos y flamencos*. Editorial Berenice. Apud. Wikipedia.org.

do, “Toritos, barbarie”, el gran escritor español, que había demandado interés para “las propagandas” de Noel, no solo se permitía los peros a sus procedimientos, también “algunos reparos a su ideología”. El mayor de todos era este: «Otra observación hemos de hacer; ésta de más trascendencia. Nadie duda de que Eugenio Noel es un adversario acérrimo de los toros y el flamenquismo. Mas la lectura de sus trabajos a las veces nos pro-

duce el efecto de una exaltación de lo que se trata de deprimir y condenar. No sabemos cómo explicar esto; pero el hecho es exacto. Si fuéramos amantes de los toros, acaso encontraríamos, leyendo los libros de Noel, más gusto que encontramos siendo adversarios. Noel sabe menudamente todo lo referente a los toros... No hay nada que se le escape. Nadie como él nos informa tan bien de las cosas y los lances del flamenquismo. Nadie ha descrito con más entusiasmo, con más exaltación los bailes de una popular danzarina. Sus meditaciones ante la estatua de un torero pueden colocarse por encima de las que dedica al *Pensador* de Rodin. «¿Qué sortilegio es éste? Veníamos a buscar una triaca contra la ponzoña taurina y nos encontramos con una morosa delectación. En verdad, en verdad que son algo peligrosos estos libros contra los toros y el flamenquismo». A continuación Azorín ofrecía algunos ejemplos de narraciones y artículos donde se produce este efecto casi de “ruptura del ritmo mental” ante los efluvios que se permite Noel para describir la figura de Pastora Imperio, para hablar de la guitarra española o del proyecto de escultura de *Lagartijo* realizado por Julio Antonio. De esto último escribe Noel en el número 3 de *El Flamenco*, de 26 de abril de 1914, y quizás el lector atento encuentre ya en este texto uno de los innumerables ejemplos de este sistema de entradas y salidas de Noel por el que tenemos esa sensación paradójica, e incluso una desazón al modo azoriniano, por la que, mediante distintas rupturas, pasamos continuamente de la condena a la exaltación de aquello que precisamente se quiere condenar: los toros y el flamenquismo. Al final, como decía Azorín, lo más curioso es que la exaltación prevalece sobre la condena en esta escritura difícil de explicar.

«El torero no es un atleta; la Gimnasia no le debe un movimiento ordenado ni un sistema. El lidiador no posee el músculo. A cambio de eso, el lidiador tiene carne elástica, móvil, dúctil: una carne imperativa, de arrogancia movediza algo

funambulesca; una carne pomposa, apta para la prestancia, el engallamiento y las fantasías. La pretendida elegancia del torero es vertical. Los movimientos del lidiador ideal han de ser geométricos. Julio Antonio resolvió el problema de un modo admirable: dio a la esbeltez andaluza la gracia helena, el divino paralelismo de las cariátides. Esa fijeza que se pide al torero ante la muerte, está aquí representada sustancialmente. Es la fijeza hábil, es la inmovilidad premeditada, es la ilusión del quiebro, del cuarteo y del lance. El cuerpo y la cara no se contradicen. Documento eterno de una pasión que arrasó una Raza, muestra el mal en todo su esplendor. Somos así. Es así nuestro Pueblo. Elevando ese efigie nos veremos tal cual nos hizo el flamenquismo. Bien ceñida la capa en los riñones, mostraremos en esa postura ficticia, en esa petulancia gentil las cosas grandes que con la capa hicimos. Tal capa es un poema. Sin ella no hay toreo. Es el engaño. De la plaza de toros salió á la calle el abordar las cuestiones capeándolas, el eludir los estudios con quiebros, al cuartear las dificultades. El escultor no podía prescindir de la capa, y fue afortunado colocándola así, velando un poco la vulgaridad de las piernas embragadas, de las pantorriillas con medias. Al mismo tiempo, con ¡qué aire de clásica bizarría emerge el torso de ella, formando parte de ella, desprendiéndose de la tela como si fuera su espíritu!...»

Azorín comenzó a señalar en las páginas auspiciadas por el propio Noel, esta paradoja del antitaurino. Pocos militantes de la causa noeliana se acuerdan hoy del propio y de sus argumentos. Hoy en día no tienen una fuente literaria en qué beber en la obra de Noel. Apenas alguna diatriba entre las muchas que escribió, y que, realmente, por circunstanciales, podría pronunciar cualquiera. Sin embargo, a favor de Noel y su literatura han quedado como dignas de rescate precisamente sus habituales descendencias con un mundo con el que combatía, que a todas luces conocía al dedillo, con el que convivía, al que quería con-

denar pero en el que quizás hubiera querido vivir más que en ningún otro: el de los toros y el flamenco. Y no es esta una conclusión interesada. Busquen y hallarán en sus páginas que el más procaz ataque al último *fenómeno* taurino o al gitanismo andaluz nunca superará esos regodeos de íntima complacencia estética ante un toro, un lance, un *tocaor* o una *bailaora*.

Esta no es la única paradoja de lo antitaurino con respecto a lo taurino. Nos hemos limitado a hablar del ambiente de intelectualidad del que quiso rodearse Noel y que, de forma algo elíptica, acabó impugnándolo. Pero, desde Vargas Ponce, por citar un buen escritor antitaurino, hasta Sánchez Ferlosio, que pasó de aficionado a furibundo abolicionista, dicha paradoja sigue surtiendo efecto. Es imprescindible en la historia de las corridas de toros la retroalimentación que lo antitaurino ha producido siempre en lo taurino, hasta el punto de ser constitutiva de los orígenes de un contrario, de las correcciones y conformaciones de las corridas de toros hasta llegar al modelo por el que hoy las conocemos. También, y esto se acerca más al objetivo de este artículo, por el nivel de enriquecimiento que ha producido el antitaurinismo en la reflexión, la descripción y la argumentación sobre lo taurino, superando a veces la propia literatura apologetica. Pero esta es materia en la que venimos abundando en otros lugares y que supera el objetivo de este escrito. Por ahora nos conformamos con la verdadera gracia concluyente con la que Max Aub dejó vista para sentencia la cuestión noeliana y dejó cerrada y nominada la inspiradora zozobra de Azorín. Mucho más tarde, allá por 1961, año de gloria de otro fenómeno, Manuel Benítez *el Cordobés*, un personaje de la gran novela tardía de Aub, *La calle de Valverde*, nos dice en tono verdaderamente anticipador:

«Las situaciones liberales no sirven, aquí, más que para asentar las conservadoras: un cambio de postura para seguir durmiendo a gusto. Además, no os quejéis, no os va tan mal.

España es un país simpático. Acabaremos viviendo exclusivamente del turismo, disfrazados de españoles castizos. Nos pasa a todos como a Eugenio Noel, que escribe contra los toros porque le gustan. El folklore, jóvenes, el folklore. Éste es el presente y futuro de España».

